

Inundación

Stephen Baxter

Traducción:
Ainara Echaniz Olaizola



Libros publicados de Stephen Baxter

1. Luz de otros días (con Arthur C. Clarke)
2. Evolución
3. El ojo del tiempo (con Arthur C. Clarke)

INUNDACIÓN

1. Inundación

Próximamente:

2. *Ark*

Título original: *Flood*
Primera edición

© Stephen Baxter, 2008

Ilustración de cubierta: © www.blacksheep-uk.com
Textura del agua: ©Superstock

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-624-7 Depósito legal: B-30407-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicado a Mary Jane Shepherd,
nacida Ramsey (1930-2007)

1

2016

Promedio de la subida del nivel del mar en
comparación con 2010: 1-5 m

Julio de 2016

Todos y cada uno de los agujeros y grietas de la carretera estaban llenos de agua. Mientras el camión viraba bruscamente por las calles de Barcelona, el agua salpicó a Lily, que yacía en una plataforma oculta bajo el chasis del camión, en medio de un hedor insoportable, al tiempo que un líquido aceitoso se escurría por debajo de la cinta de embalar que le cubría los ojos y la boca. También llovía, y era una lluvia intensa y persistente que martilleaba en el techo de metal del camión provocando un repiqueteo que se unía al rugido del motor y al eco de unos disparos lejanos.

Otro bache impulsó a Lily hacia arriba y su cuerpo chocó con la superficie de metal del chasis. Se esforzó por mover los labios y gruñó a pesar de la cinta que le cubría la boca. Intentó retorcerse para aliviar el dolor que se concentraba en los hombros y el cuello a causa de los brazos sujetos a su espalda, pero lo único que provocaba cada movimiento era que el dolor se trasladara a otra parte del cuerpo.

Debajo de ella había otro rehén, envuelto en cinta de embalar y encajado bajo el cuerpo del camión: la cabeza de Lily coincidía con los pies del otro rehén y ambos yacían como sardinas en lata. Lily creía que se trataba de Helen. Intentó estirar las piernas un poco, tan cuidadosamente como pudo a pesar del movimiento del camión. Le habían quitado los zapatos y sus pies descalzos tocaron pelo. Pero Helen no respondió. Ya era la séptima, octava o novena vez que Lily se veía envuelta en un traslado como aquel y ya sabía que cada uno de ellos, Helen, Gary, John y Piers, tenían su propia forma de enfrentarse a la experiencia. El estilo de Helen era simplemente quedarse quieta y aceptar lo que fuera a venir. Lo único que le importaba era que al final pudiera recuperar a su bebé.

El camión se detuvo en seco y el motor quedó al ralentí. Lily oyó una conversación muy rápida, llena de atropelladas palabras en español, que ella entendía un poco, y en catalán, del que Lily no tenía ni idea. Una de las voces pertenecía a Jaume, el joven gordo y sudoroso que se ponía nervioso con facilidad. Probablemente estuviera negociando el precio del peaje impuesto por una milicia o por otra. La lluvia

continuaba su martilleo sobre el camión y el asfalto, y caía sonoramente sobre la ropa de los hombres que hablaban.

Lily oyó que Jaume subía al camión apresuradamente. Disparos. Una bala se hundió en el chasis del camión con un ruido sordo. El conductor pisó a fondo y el camión salió a toda velocidad, provocando que Lily volviera a golpearse los hombros con el metal.

Mientras el dolor invadía su cuerpo y la superficie de asfalto pasaba a toda velocidad a apenas unos centímetros debajo de ella, Lily se retorció como un pez atrapado en la red, incapaz de moverse, luchando contra el dolor y el pánico que crecía poco a poco. Helen no hizo ni un ruido.

Lily era la que llevaba más tiempo como rehén.

Hacía cinco años, cuando Lily había llegado para trabajar en la embajada americana, España ya estaba sumida en el desastre. El país estaba dividido por separatistas y tensiones étnicas propias, que abarcaban desde los prejuicios centenarios heredados de la invasión musulmana del siglo VIII hasta las divisiones tóxicas provocadas por la guerra civil en el siglo XX. Ahora toda esa amalgama se veía exacerbada por la influencia masiva de inmigrantes de un África que se desertizaba por momentos. La gota que había colmado el vaso y que había facilitado la desintegración del país había sido un golpe de Estado contra la monarquía impulsado por la derecha política.

Mientras las fuerzas de paz y las ayudas internacionales trabajaban sobre el terreno, las grandes influencias de la escena global habían empezado a moverse: por un lado, multinacionales agresivas e instituciones financieras que buscaban el provecho económico en la reconstrucción de un Estado hecho trizas; y por otro, agentes que azuzaban la ira de las masas creando revueltas y anunciando la necesidad de acudir al terrorismo. Las escisiones aumentaron e incluso se superpusieron unas a otras, y España se desintegró, se convirtió en un Estado fragmentado, en un Líbano occidental. Al parecer, ahora incluso las grandes ciudades como Barcelona habían caído en manos de facciones armadas.

Analizado desde el corazón del conflicto, el caleidoscopio de luchas y frágiles alianzas era desconcertante y cambiaba cada minuto. De hecho, al principio Lily había caído prisionera de un grupo fundamentalista islámico que había derribado su helicóptero Chinook. Y ahora estaba en manos de extremistas cristianos. A lo largo de los años había pasado de mano en mano como un paquete en un juego de niños. Y todavía seguía ocurriendo. Porque allí estaba, envuelta en cinta de embalar y escondida en los bajos de un camión, una vez más.

Tras unos minutos, el camión se detuvo de nuevo. Las puertas se abrieron y se cerraron de golpe. Lily oyó a Jaume y a otros guardias que se movían cerca del camión, hablando rápidamente y en voz baja.

Entonces, alguien la agarró por los tobillos y la sacó de debajo del camión. Su cuerpo chocó contra una superficie dura, húmeda y áspera... ¿Adoquines? Le dolió. La lluvia caía inmisericorde y le mojó el abdomen al empujar la camiseta y las piernas

desnudas después de colarse por entre la cinta de embalar. Lily no podía ver nada, no tenía ni idea de qué había pasado con Helen.

Unas manos ásperas la cogieron por los pies y las axilas. La levantaron como a un niño, le dieron la vuelta y uno de los hombres se la echó sobre un hombro con una mano sujetándola por las piernas desnudas. La trasladaron a toda velocidad, casi corriendo. Quien fuera el que cargaba con ella tenía que ser muy fuerte: podía ser Lupo o Severo. Pero la carrera hizo que su cuerpo se sacudiera de nuevo, tirando de los brazos que seguían atados a la espalda y sin poder evitar que la cabeza se balanceara. La lluvia le caía sobre la espalda. Tenía los pies fríos. Se sentía vieja, como si tuviera más de los cuarenta años que tenía; y se sentía débil en manos de aquel hombre fuerte y lleno de juventud.

La llevaron a un espacio cubierto, a resguardo de la lluvia. El timbre de los sonidos cambió y el ruido de los pasos apresurados llegaba con eco. ¿Una estancia grande y vacía? El guardia se tropezó con algo, sacudió a Lily y maldijo en catalán. Siguió corriendo. Bajó unas escaleras hasta llegar a otro lugar con eco; quizá un sótano. Los pasos eran sólidos, como de roca. La cabeza de Lily rozó un dintel. Tuvo suerte de no hacerse daño.

El guardia, jadeante, se inclinó hacia delante y descargó a Lily. Ella respiró hondo y se preparó esperando chocar contra el suelo, pero aterrizó en una silla, dura, de madera. Un cuchillo le rozó el cuerpo y cortó la cinta de embalar de las piernas y el torso, y luego pasó detrás para liberarle las manos. Lily sintió la punta afilada del cuchillo, pero no resultó herida. Percibió un aliento caliente delante de la cara que olía a comida barata y grasienta. Era Lupo, le gustaban las hamburguesas.

Cuando notó que le liberaban los brazos, Lily sintió deseos de estirarse, de masajearse los músculos doloridos; pero conocía la rutina: extendió la pierna y el brazo derechos. Los grilletes se cerraron ajustadamente en la muñeca y el tobillo, le quedaban estrechos y el metal estaba frío. Dio un tirón de prueba. Oyó el sonido de una cadena muy corta sujeta firmemente a algo.

Seguía sin poder ver nada y tenía tapada la boca. Pero el guardia se alejó y Lily oyó a otras personas en algún lugar de la estancia: las conversaciones susurradas de los captores y los gruñidos de los cautivos maltratados. Se quitó la cinta que le tapaba la boca y respiró profundamente. Después, fue palpando hasta dar con el comienzo de la cinta que le rodeaba la cabeza y le tapaba los ojos, y se la quitó. Mantuvo los ojos bien cerrados por miedo a que la cinta estuviera pegada a los párpados. Le dolió la parte de atrás de la cabeza, pero como la habían afeitado y no tenía pelo, la cinta de embalar no tenía mucho a donde agarrarse. Dejó caer los trozos de cinta al suelo.

Estaba agotada y le dolían todos y cada uno de los músculos. Miró a su alrededor.

Aquel no era el típico sótano. Se parecía más a una cámara abovedada de muros de piedra, tétrica, muy vieja y dividida en dos por una fila de doce arcos. La única luz procedía de una lámpara eléctrica a pilas. En las paredes había algo tallado, imágenes de una mujer desdichada sufriendo todo tipo de tormentos, y de refilón Lily vio un

sarcófago. ¿Estaban en una cripta? Olía a humedad. Lily vio manchas de humedad en las paredes y un hilo de agua que se filtraba por debajo de los arcos y formaba pequeños charcos polvorientos en el suelo.

Lily estaba sentada en una silla dura de madera con respaldo y la habían encadenado a un radiador de aspecto desvencijado. Tres de los guardias estaban de pie en el centro de la cripta: Jaume, Lupo y Severo. Llevaban sus armas ligeras colgadas al hombro y fumaban con ansiedad. Incluso en aquella oscuridad, Severo llevaba puestas las gafas de sol. De hecho, eran las gafas del ejército americano que habían pertenecido a Lily y que le habían quitado el día que derribaron su Chinook. Aquel día se lo habían quitado todo.

El resto de rehenes estaban sentados también en duras sillas de madera formando un círculo y pegados a la pared: iban en camiseta y pantalones cortos, descalzos, y todavía tenían restos de cinta de embalar plateada en el cuerpo. Además de Lily, había cuatro rehenes más: todos estaban allí entonces, seguían juntos.

Helen Gray acunaba a Grace, su bebé. Se la habían devuelto al finalizar el traslado y era el centro de su mundo. Helen tenía veinticinco años, era alta y muy pálida debajo de todas aquellas pecas. Su aspecto era muy inglés, muy frágil. Gary Boyle, un científico americano que era más joven aún, lo miraba todo desconcertado como si estuviera aturdido. Su miedo y angustia provocaban el lado salvaje de los guardias y sus brazos y piernas estaban de color púrpura a causa de los moratones de las palizas.

Piers yacía desmadejado en su silla y una sucia toalla le cubría la cara. Piers Michaelmas era un oficial de alto rango del ejército británico que también estaba a bordo del Chinook de Lily cuando este fue derribado. Había estado trabajando para una alianza de países occidentales en un intento de apuntalar el entonces nuevo Gobierno militar. Hacía meses que se había escondido detrás de toallas y vendas en los ojos y apenas hablaba.

Y John Foreshaw, un contratista civil americano, que comprobó la resistencia de sus grilletes, tan tenso e impaciente como siempre. Era el más peligroso en momentos de cambio como aquel.

Todos tenían un aspecto similar, pensó Lily, hombres y mujeres, ingleses y americanos, militares y civiles, jóvenes y no tan jóvenes. Todos llevaban la misma ropa interior sucia, estaban pálidos porque llevaban años sin ver la luz del día, tenían los ojos hundidos, y las cabezas y los rostros afeitados. Pero todos eran blancos y ciudadanos ingleses o americanos, las categorías que los convertían en rehenes muy valiosos.

Allí no había nada más, nada del equipamiento al que estaban acostumbrados en su largo cautiverio: los colchones de espuma y las mantas sucias, las bolsas de plástico donde tenían que cagar, las viejas botellas de Coca-Cola que contenían el agua potable y donde meaban. Aquella vez no había nada salvo ellos mismos.

Fue John el que habló primero.

—¿Dónde coño estamos ahora?

Jaume se quitó el cigarrillo de la boca y expulsó una nube de humo que apenas había inhalado. Como el resto de aquellos «Padres del Elegido» no tenía más de veinte o veintiún años; la mitad de edad que John, Piers y Lily.

—La Seu —respondió Jaume.

—¿Dónde? ¿Dónde has dicho? ¿Por qué cojones no habláis como Dios manda?—Una vez, John había sido un hombre obeso; ahora, los carrillos le colgaban de las mejillas y por debajo del mentón, como si se los hubieran vaciado.

Gary Boyle intervino.

—La Seu. Es la catedral. Dedicada a Santa Eulalia, una mártir que murió con treinta años. Vine aquí como turista cuando era niño... —Miró a su alrededor—. Dios mío. Esta es la cripta. ¡Estamos encadenados en la cripta de la catedral!

—Es otro agujero de mierda, eso es lo que es —replicó John—. El agua se cuele por las paredes. Nos ahogaremos, joder, si no morimos antes de neumonía.

—Es un lugar sagrado —dijo Jaume tranquilamente con un inglés fuertemente marcado por el acento español—. Aquí estáis con Dios. —Echó a andar hacia la escalera en penumbra, seguido por los demás.

John le gritó.

—¡Oye! ¡Eh! ¿Adónde vais? ¿Dónde están nuestros colchones? Aquí no hay comida. Ni siquiera hay una bolsa para cagar.

—Dios proveerá —respondió Jaume—. Ha cuidado de la santa desde el siglo IX, ahora cuidará de vosotros.

John empezó a moverse arrastrando sus cadenas que traquetearon sonoramente en aquel espacio cerrado.

—¿Nos dejáis aquí para que nos muramos?

Al momento, Lily se preguntó si John tendría razón. No había nada en aquel lugar que sugiriera que fueran a quedarse mucho tiempo. Se concentró en el pensamiento, en la idea de la muerte, descubrió que no tenía miedo. Llevaba cinco años al cuidado arbitrario de jóvenes asustados e ignorantes; incluso sin los crueles juegos ni los amagos de ejecuciones, Lily se había acostumbrado a la idea de que su vida podía terminar de un segundo a otro. Pero no quería morir encadenada en aquel agujero. Sentía la intensa y profunda necesidad de ver el cielo.

Los guardias continuaron retirándose por las escaleras y John siguió tirando de sus cadenas.

—Jodidos críos. Conseguís un puñado de rehenes y os creéis que podéis controlar el mundo.

—John, tranquilízate —dijo Lily.

John estaba muy enfadado, su rostro morado por la ira.

—Sois unos putos cobardes, me oís. Ni siquiera sois capaces de terminar el trabajo vosotros mismos, no sois lo suficientemente hombres para...

Severo se dio la vuelta y disparó su arma. El ruido sonó intenso en aquel espacio cerrado. El cuerpo de John se sacudió a causa de las balas. Una le dio en la cara, que explotó en una masa sanguinolenta.

Gary gritó.

—¡John! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

—No soy cobarde —dijo Severo sin quitarse el cigarro de la boca. Siguió a los demás escaleras arriba y Lily lo perdió de vista.

John yacía en su silla. La sangre densa se acumulaba en el suelo. Helen se inclinó sobre su bebé, estrechándolo contra su pecho, acunándolo como si no existiera nada más en el mundo. Piers volvió su cabeza encapuchada y su cuerpo, como sin vida.

Gary lloraba, su cuerpo doblado, sacudido por temblores. Lily estaba encadenada a unos metros de él y no podía acercarse.

John había sido un imbécil en muchos aspectos, pero Lily lo conocía desde hacía cuatro años. Ahora, ya no estaba, se había ido en un instante... asesinado ante sus propios ojos. Peor que eso, lo habían desechado. No tenía valor para sus captores, ya no. Y eso significaba que ellos tampoco valían nada ya.

—Se ha acabado —dijo Helen. Era la primera vez que hablaba desde que los habían trasladado allí. Tenía a Grace apretada contra su pecho, la barbilla apoyada sobre la cabeza del bebé—. ¿Acaso no tengo razón? —Su inglés tenía ese acento fresco del norte de Inglaterra y sus vocales eran totalmente monótonas. Había trabajado como profesora de inglés.

—No lo sabes —insistió Lily—. Quizá vayan a entregarnos a otro grupo que llega tarde, eso es todo.

—Han matado a John —dijo Gary apesadumbrado.

—Y esa maldita lámpara se apagará pronto. ¡Miradla! Esos bastardos ni siquiera nos han dado unas baterías cargadas. Nos quedaremos a oscuras con un cadáver apestoso. Nos han dejado aquí para que muramos.

—¡Oh, Jesús! —murmuró Gary. Y Lily oyó que gemía en voz baja. Ella sabía que eso significaba que la vejiga de Gary había cedido.

—No va a ocurrir nada de eso —replicó Lily—. Librémonos de estas cadenas. —Tiró de ellas como prueba. El radiador estaba firmemente encajado en la pared de piedra—. Mirad a vuestro alrededor antes de que se vaya la luz. Tiene que haber algo aquí abajo, algo que podemos usar...

—¿Qué tal unas cizallas?

Aquella nueva voz pertenecía a un hombre, inglés, que bajaba por las escaleras. Todos se inclinaron para ver mejor. Incluso Piers volvió su cabeza encapuchada.

Los alcanzó la luz de una linterna. Lily alzó su mano libre para escudarse los ojos. Consiguió ver dos, tres, cuatro personas que bajaban a la cripta.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es? ¿Cómo se llama usted? ¿Me puede ayudar, por favor? Me llamo...*

—Usted es Lily Brooke. ¿Me equivoco? Capitán del ejército de los Estados Unidos, número de identificación...

—Dígame quién es usted.

El hombre dirigió la luz de la linterna hacia su rostro. Era negro, en torno a la cuarentena, alto y fornido, y vestía lo que parecía un uniforme de combate con una boina púrpura y un logo brillante en el hombro: la Tierra acunada por una mano.

—Me llamo George Camden.

—Es usted inglés. ¿Del ejército?

—Empresa de seguridad privada. Trabajo para AxysCorp. —Señaló el logo del hombro—. He venido para sacarles de aquí. Están a salvo. —Sonrió.

Lily no sintió ningún cambio en su interior, ningún sentimiento de alivio. No podía creerlo. Permaneció tensa y agotada, a la espera de que saltara la trampa.

—AxysCorp —dijo Gary—. John trabajaba para ellos.

Camden redirigió el haz de su linterna.

—¿Usted es Gary Boyle, de la NASA? Sí, John Foreshaw trabaja para nosotros. Operamos conjuntamente con la coalición de las fuerzas de paz y las fuerzas del Gobierno, pero en AxysCorp cuidamos de los nuestros. —Movi6 la linterna para iluminar los alrededores. Piers se estremeci6 al notar la luz—. Y ¿d6nde est6 John?

—Acaba de pasarlo por alto —respondi6 Helen con amargura.

* Las palabras seguidas de un asterisco est6n en espa6ol en el original.

—¿Pasarlo por alto? —El haz de luz de Camden encontró a John—. ¡Ah, maldita sea! Lily movió su mano encadenada.

—¿Ha mencionado algo sobre unas cizallas?

Camden hizo una señal a sus hombres.

—Manos a la obra.

Una vez liberados, Camden y los demás los ayudaron a salir de la cripta.

El interior de la catedral era una caverna de arenisca, saqueada y quemada. Cruzaron la gigantesca entrada del portal de San Ivo dando traspiés y salieron a la calle. La catedral era un edificio gótico achaparrado, una estructura que había necesitado siglos de trabajo. Su portada cuidadosamente trabajada estaba llena de agujeros de bala. Llovía con intensidad y constancia y el agua formaba charcos en la calle que hacían que relucieran todas las superficies.

Un pequeño helicóptero los esperaba apoyado sobre sus raíles encima de un montón de escombros de un edificio destruido. Cuando los rehenes aparecieron, dos hombres más de AxysCorp que esperaban junto al aparato se acercaron a ellos corriendo. Lily, una piloto que llevaba cinco años fuera de juego, no reconoció el modelo que lucía el vistoso logo de AxysCorp de la Tierra acunada por una mano.

Cuando los hombres de AxysCorp consiguieron organizarse, mantuvieron a los cuatro rehenes juntos. Helen acunaba a su bebé y Gary parpadeaba ante la intensidad de la luz y sonreía como un niño en Navidad. Piers Michaelmas seguía, incomprensiblemente, negándose a quitarse la toalla sucia que le tapaba el rostro. Lily alzó la mirada con añoranza. Por fin podía ver el cielo de nuevo, pero las nubes eran densas y la lluvia rápidamente le empapó la cabeza afeitada y sus finas ropas. Estaban en julio y por lo menos hacía calor. Pero al verse rodeada de hombres embutidos en verdes uniformes de combate, Lily se sintió poca cosa así como estaba, en ropa interior y casi desnuda.

Un hombre de AxysCorp que lucía una cruz roja en el brazo los examinó superficialmente y después, sin dejar de disculparse, tomó en brazos al bebé de Helen.

—Solo por poco tiempo... Hasta que salgamos de aquí. Tengo una cunita para ella, así estará más segura. —Helen protestó, pero no pudo hacer nada y el hombre se marchó con el bebé, que reía en sus brazos. Lily pensó que podía sentir cómo se estiraba el vínculo que unía a madre y a hija como si fuera acero sometido a una gran tensión.

—Me sorprende que se sienta tan unida a la niña —murmuró George Camden a Lily—, sobre todo teniendo en cuenta que fue producto de una violación...

—Es de Helen —replicó Lily—. No importa quién sea el padre. Además, está muerto. Sus camaradas se encargaron de él.

—Lo sabemos —dijo Camden amablemente—. Mire, no se preocupe, tómeselo con calma. Están todos a salvo.

—Nada de esto parece real. —Y era cierto: el helicóptero, la catedral castigada, el cielo de plomo... Parecían fruto de las alucinaciones que había sufrido durante sus días de cautiverio solitario.

—Yo conocía a John, sabe. —Camden sonrió. Tenía los dientes blancos y limpios, mucho más limpios que los de Lily después de aquellos cinco años—. Todavía no

puedo creer que estuviéramos tan cerca de salvarle después de todos estos años. Si estuviera aquí fuera, no dejaría de quejarse por la lluvia.

—Así era John —concedió Lily—. Pero no ha dejado de llover en mucho tiempo. Oímos algo al respecto en las celdas en las que estuvimos la última vez, en algún lugar de las afueras. No recuerdo que Barcelona tuviera un clima tan malo.

—Las cosas han cambiado mucho estos cinco años que ha estado fuera de circulación, capitana Brooke. —Sonaron unos disparos lejanos y un rechinar débil. Camden se detuvo para escuchar algo, aunque no llevaba ningún tipo de auricular—. Será mejor que nos vayamos ya. —Y echó a andar hacia el helicóptero.

Durante un momento, los cuatro se quedaron solos de nuevo.

—Supongo que se acabó —dijo Gary convencido—. Después de tantos meses y tantos años.

Lily los miró: a Gary, lleno de esperanza; a Helen, una madre llena de moratones; y a Piers, un hombre frágil.

—Hemos compartido muchas cosas, ¿no es cierto?

—Desde luego —respondió Helen—. Cosas que nunca nadie podrá comprender.

Y ahora, estaban siendo liberados y arrojados a un mundo que evidentemente había sufrido grandes transformaciones.

—Escuchad —dijo Lily obedeciendo a un impulso—. Hagamos un juramento. Seguiremos en contacto, nosotros cuatro. Cuidaremos los unos de los otros. Si alguno de nosotros tiene problemas, los demás lo ayudaremos. Y eso incluye a Grace.

Gary asintió.

—Si algo bueno sale de toda esta mierda, entonces contad conmigo. —Extendió una mano con la palma hacia arriba. Lily puso la suya sobre la de él y Helen cubrió la de Lily. Incluso Piers alargó la mano a ciegas. Lily tuvo que ayudarle a colocarla encima de las de los demás.

—Por la vida —dijo Lily—. Y por Grace.

—Por la vida —murmuraron Helen y Gary.

George Camden regresó apresurado.

—Vámonos. Tenemos un C-130 esperándonos en el aeropuerto.

Y todos corrieron detrás de él.

Treparon a bordo del helicóptero y se sentaron en los asientos mientras se abrochaban los cinturones de seguridad. Incluso en esos instantes, Piers se negó a quitarse la toalla que le tapaba el rostro. No permitieron a Helen que tomara a su bebé en brazos, aunque Grace estaba a tan solo un par de metros de ella, en una cuna sujeta a un asiento al lado del médico.

El helicóptero despegó a plena potencia. En su mente profesional, Lily pensó que el despegue había sido un poco rudo.

El aparato se elevó más allá de la fachada de la catedral, un edificio sin forma que se extendía de manera poco elegante y que a esas alturas se parecía más a un montón

de piedra arenisca en vez de a algo hecho por la mano del hombre. Lily vio las cicatrices de la guerra: los boquetes abiertos por los obuses, las agujas destrozadas y los agujeros del tejado, que había ardido hasta la última teja.

Después se elevaron aún más y Lily, llena de curiosidad, echó un vistazo al paisaje de la ciudad. En los cinco años en los que había permanecido prisionera, Lily no había visto más que el interior de los sótanos y los almacenes de la ciudad. Barcelona era una zona en desarrollo que limitaba con la costa mediterránea hacia el suroeste y con montañas hacia el noroeste, y a ambos lados contaba con sendos ríos: el Llobregat al sur y el Besós al norte. Los barrios de viviendas se apiñaban en torno a colinas de poca altura. Los nuevos barrios del interior obedecían a un ordenado esquema de manzanas rectangulares, y rascacielos como agujas de cristal se alzaban en el distrito financiero y en la costa.

Se veían claramente las huellas del conflicto: edificios quemados y calles abarrotadas de escombros donde tan solo podían avanzar los vehículos blindados; una torre de cristal de la que había desaparecido la fachada; un barrio que, al parecer, ardía incontrolablemente. Pero en medio de todo aquel desastre había signos de recuperación y prosperidad en barrios que habían construido murallas a su alrededor y destacaban por sus verdes y blancos jardines y campos de golf, además de por sus relucientes edificios de nueva construcción. Incluso desde el aire se podía apreciar que Barcelona, distorsionada por la violencia y la invasión de las agencias internacionales, se había convertido en una ciudad de barrios de ricos que vivían como en una fortaleza y de barrios antiguos que se desmoronaba a su alrededor.

Y había agua por todas partes. Formaba lagunas en las calles, se acumulaba a los pies de los altos edificios del distrito financiero, brillaba en los tejados planos de las casas y en los sumideros y los desagües, y reflejaba el cielo gris formando piscinas que parecían de cristal fundido. Al parecer los ríos habían desbordado su cauce en las llanuras aluviales. Lily había creído que España se estaba desertizando. Esa era la razón por la que Gary había viajado hasta allí: para estudiar y recrear el mapa de un clima que estaba transformándose en árido.

Hacia el suroeste, el Mediterráneo chocaba constantemente contra los muros de contención del mar y no había ni rastro de las zonas arenosas que Lily conservaba en su memoria. Dio unos golpecitos a Camden en el hombro.

—¿Dónde está la playa?

El soldado sonrió.

—¡Ya se lo he dicho! —gritó Camden—. Las cosas han cambiado, lo que ha sido bueno para usted, de hecho. Las inundaciones han obligado a todo tipo de extremistas a salir de los sótanos, como ratas abandonando un barco. Ya no tenían dónde esconderlos. En cuanto al resto... bueno, podrá verlo usted misma.

El helicóptero aceleró y surcó los aires, tierra adentro. Lily se sintió mareada y el estómago le gruñó por el hambre.

Cuando salieron del Savoy, Lily y Gary tuvieron que abrirse paso por un laberinto de sacos de arena que se amontonaban hasta llegarles a la altura del pecho y que cortaban la corta carretera de acceso al Strand, donde iba a recogerles el coche. Un portero uniformado les indicó el camino. Llevaba en la mano un enorme paraguas con el monograma del hotel que los mantenía secos de la silbante lluvia, e iba pertrechado con unas botas de agua que relucían como si les acabara de sacar brillo.

Gary señaló los sacos de arena, que estaban fabricados con una tela semejante a la seda y que estaban marcados con el emblema del hotel.

—Incluso hacen sus propios sacos de arena, y con estilo. Los ingleses sois increíbles.

—Gracias.

Una vez en la calle, mientras esperaban el coche, Lily se dio cuenta de que estaba al aire libre, aunque solo fuera durante unos segundos. Tras pasar días en helicópteros, aviones, coches y camiones; en bases militares, embajadas y hoteles se sentía como si todavía no la hubieran liberado del todo de su encierro. Pero el cielo estaba cubierto de nubes y el aire londinense, mucho más limpio que el que ella recordaba, era caliente y húmedo.

Lily echó un vistazo a lo largo del Strand, a los escaparates de las tiendas y a las entradas de los lujosos hoteles. Muchas cosas seguían igual, aunque otras muchas habían cambiado también. Los autobuses de Londres eran ahora largos vehículos que culebreaban como trenes con sus vagones rojo brillante, resoplando en el agua a través de las calles cuando tenían la oportunidad de moverse en medio de los atascos. Todas y cada una de las superficies a la vista, incluyendo las puertas de los taxis y los paneles de los autobuses, estaban cubiertas por anuncios animados de espectáculos del West End, programas de televisión y de Coca-Cola o Pepsi; y por carteles que pregonaban las bondades de los «artículos duraderos AxysCorp» tales como ropa y electrodomésticos; así como de varias marcas de aparatos electrónicos cuya naturaleza Lily ni siquiera fue capaz de reconocer: ¿Qué demonios era un «ángel»? El fútbol era un

negocio más que nunca, a juzgar por la publicidad de la celebración de la final de la liga inglesa entre el Liverpool y el Newcastle United, que se había trasladado de mayo a julio y que se jugaría en Bombay. Y por todas partes se veían eslóganes para la candidatura al Mundial de fútbol: «Inglaterra 2018. Solo quedan dos años». Toda aquella animación y colorido creaba una especie de superficie refulgente que parecía haber sido pintada con espray y colocada especialmente en el mundo, y que era reflejada por el agua aceitosa que cubría las calles.

Y, sin embargo, los peatones que se apresuraban de un lado a otro parecían no darse cuenta de ese juego de luces ni del interminable rugido sordo del tráfico. Muchos de ellos tenían la mirada perdida, algunos hablaban solos, se reían, hacían gestos y ni se inmutaban cuando chocaban los unos con los otros. Lily había crecido en Fulham, un barrio de la ciudad, y aquel día iba de camino a casa de su madre. Nunca se había sentido cómoda en el corazón de la ciudad. Sin embargo, mientras ella había estado fuera, una nueva generación de jóvenes confiados y de mirada soñadora había crecido en la creencia de que Londres y sus maravillas habían sido inventadas hacía un par de días y que aquel instante iluminado por las luces brillantes duraría para siempre.

El coche se detuvo cerca del bordillo, una máquina color plata y reluciente con dos enormes limpiaparabrisas articulados que eliminaban la lluvia del cristal. Era un Ford, pero Lily no reconoció el modelo. Gary señaló que el coche carecía de tubo de escape. Un pase de la embajada americana estaba a la vista sobre el salpicadero y una empapada bandera de barras y estrellas colgaba flácida de un mástil de medio metro. El portero les abrió las puertas mientras les cubría con el paraguas con mano experta. Lily y Gary entraron y se acomodaron en los asientos traseros. El interior era suave y cómodo, estaba limpio y olía a moqueta nueva.

El coche arrancó y se abrió paso entre el torrente de tráfico detenido. El conductor dijo que la ruta directa estaba totalmente impracticable, así que abandonó el Strand tan pronto como pudo y se internó en el laberinto de calles adyacentes. Allí pudieron avanzar poco a poco, antes de verse obligados a detenerse por la cola formada a causa de una cañería reventada.

El conductor los miró por el espejo retrovisor y sonrió. Rondaría los treinta y cinco y tenía una masa de pelo rubio densamente rizado.

—Ustedes son los secuestrados, ¿verdad? La central me ha comentado algo al respecto. —«Comentaoalgoalrespezto». Tenía ese acento que antes, en la época en la que Lily había caído en manos de sus captores, solía llamarse del estuario.

—Éramos los secuestrados, ya no —le corrigió Gary amablemente—. Ahora somos nosotros.

—Ya. Está bien. Eso es bueno. ¿Son americanos los dos?

—Yo no —respondió Lily—. Mitad inglesa, mitad americana. Nacida y criada en Fulham.

—¡Ah! Vale. ¿Les importa si hago esto? —El conductor presionó un botón. La pequeña bandera de barras y estrellas se enrolló alrededor del mástil, que se deslizó

hacia abajo y se escondió en el chasis del coche quedando así fuera de la vista—. Casi siempre trabajamos para la embajada, pero no nos gusta tener que decirles que su bandera atrae a la balas.

Gary se encogió de hombros.

—Por mí está bien.

El atasco se movió un par de metros y el conductor aprovechó la oportunidad para desviarse a otra calle adyacente. Consiguieron llegar hasta el final antes de tropezarse con otro atasco.

—Así que les han dejado salir al aire libre, ¿eh? Tiene que ser un alivio.

—Se lo puede imaginar —dijo Gary.

Era cierto, pensó Lily. Todavía tenían algunos compromisos que atender, y el más importante era la recepción que Nathan Lammockson iba a dar en honor de los liberados. Lammockson era el dueño y el presidente ejecutivo de AxysCorp, la empresa que los había rescatado de las garras de los Padres del Elegido. Y después, Lily tendría que acudir a una reunión con algunos oficiales superiores del ejército de los Estados Unidos en Mildenhall, Suffolk, para discutir si todavía había una carrera esperándola en las Fuerzas Aéreas. Pero mientras tanto, los dos estaban contentos de verse libres de médicos y psicólogos y, en el caso de Lily, de dentistas, porque había necesitado una reconstrucción urgente. En general, los dos habían recibido aquel breve lapso de libertad con agrado.

El conductor meneó la cabeza.

—Cinco años encadenados a un radiador. No puedo imaginarme lo que debe ser eso. Es increíble que no se mataran los unos a los otros. O a ustedes mismos. Aunque yo llevo cuatro años metido en este coche y a veces pienso que tiene ser como eso. Además, llevo seis casado ¡y eso sí que tiene que ser lo mismo! —Miró a Lily—. Así que una chica de Londres, ¿eh? No ha cambiado nada desde que se fue, ¿verdad? En realidad, nada ha cambiado mucho.

—No recuerdo que aquí lloviera tanto. También llovía mucho en España, ya sabe, donde nos tenían prisioneros.

El conductor hizo una mueca.

—No. Es solo que el clima se ha vuelto loco. Imagínese que este año no han podido terminar la temporada de liga como es debido. Me refiero al fútbol, claro. Es la primera vez desde 1939. Se han tenido que suspender muchos partidos. Y Wimbledon no ha terminado en las dos semanas que le corresponden por primera vez en los últimos tres años. Hay un tipo en la central de taxis que dice que todo es culpa de los chinos.

—¿El qué? —preguntó Gary.

—La lluvia, las inundaciones. China se está secando, ¿no? Esa es la razón por la que quieren que llueva más y a los demás, que nos den.

Lily era incapaz de decidir si el hombre hablaba en serio o solo estaba bromeando.

De nuevo el tráfico se movió y otra vez el conductor se deslizó por un hueco y cogió un desvío. Lily intentó seguir el itinerario. En general, se dirigían hacia el oeste y

hacia el sur a través del laberinto de callejuelas de Mayfair al norte del parque Green. Después, se desviaron hacia Knightsbridge en dirección a la carretera de Brompton.

El conductor la vio prestando atención a los nombres de las calles.

—No se preocupe, cielo, les llevaré allí sanos y salvos. —Sonó como si se hubiera puesto a la defensiva.

—No lo dudo —respondió ella.

—Solía conducir un taxi, uno de esos negros. En este trabajo pagan mejor, pero en aquel me hice con la licencia. Hoy en día las calles y rutas más comunes no funcionan porque están atascadas o inundadas y normalmente haces lo que puedes. La mayoría de los clientes no se dan cuenta de eso, simplemente creen que les quieres desplumar. —Cambió el acento para imitar vagamente al típico inglés del centro-este—. «¿Está usted seguro de que es por aquí, señor conductor?» Por eso lo dejé. El trabajo para la agencia me estresa menos. ¡Eh, pero qué coño...!

Giró violentamente el volante hacia la derecha para evitar chocar con un coche caro que había patinado en un charco de agua sucia y se había estrellado contra un muro. Evitaron la colisión, pero tuvieron que permanecer quietos otros insoportables cinco minutos hasta que la policía hubo despejado la zona del accidente.

Avanzaron un poco más y descubrieron que las obras acometidas en un enorme edificio estaban obstruyendo la calzada. El conductor dijo que muchos edificios antiguos de Londres estaban siendo rehabilitados para construirlos a prueba de inundaciones: se reforzaban los cimientos y los primeros pisos se protegían con sacos de arena. No consiguieron llegar mucho más lejos después de aquello porque se tropezaron de lleno con una multitud formada por hombres de negocios enfadados, compradores y grupos de estudiantes que había tomado la calle. Se enteraron por las noticias de Flying Eye que la estación de metro de Knightsbridge había tenido que ser evacuada a causa de una inundación. Las noticias continuaron hablando de una tormenta que estaba formándose en el mar del Norte y que se esperaba que azotara en breve la costa este del país.

El conductor apagó la radio y esperaron a que la muchedumbre se disolviera. Lily miró por la ventanilla del coche el tráfico detenido, los coches parados y las calles cortadas; la gente empapada de aspecto triste que chapoteaba por las aceras, todo el mundo intentando seguir con sus asuntos y negocios. En cuanto al viaje impulsivo e improvisado que Lily y Gary habían emprendido, estaba empezando a parecer mucho más largo que unos pocos kilómetros.

Fue un alivio llegar a casa de su madre y salir del coche. Lily no estaba segura de si debía darle una propina al conductor y, si tenía que hacerlo, no sabía cuánto darle; al parecer el país había sufrido cierta inflación los años que ella había estado fuera. Le entregó veinte libras. El conductor no se mostró ni decepcionado ni complacido y simplemente se marchó.

Lily inspiró profundamente y se rehízo. Estaban en Fulham, en la carretera de Arneson, aproximadamente a un kilómetro al norte del río. La casa era una de tantas

en una interminable hilera de casas adosadas de estilo victoriano tardío. Todas habían sido profundamente renovadas y estaban cubiertas de platos de antenas para la televisión por satélite. Los sacos de arena llenaban el pequeño jardín delantero y el sótano, que tenía una ventana medio escondida que daba a la acera y estaba tapiada con tablones, claramente abandonado. Lily se sintió extraña al regresar a aquel lugar después de tanto tiempo. Todo parecía más pequeño de lo que lo recordaba. Se sintió particularmente contenta de que hubiera decidido traer a Gary con ella, como si fuera una especie de recordatorio de su otra vida.

Gary observó titubeante los tres pisos de la casa, los marcos de PVC que habían reemplazado a las ventanas originales de madera.

—Es una casa un poco estrecha —comentó.

—Estrecha pero profunda —replicó Lily intentado ver el lado bueno de las cosas—. Dentro hay más espacio de lo que te crees. Vamos. —Cruzaron la puerta baja de la verja. El sendero había sido limpiado del pegajoso barro que olía ligeramente a alcantarilla—. Además, mi madre hace el mejor pastel de chocolate de todo el oeste de Londres.

Pero no fue la madre de Lily la que abrió la puerta, sino su hermana Amanda. Y así Lily supo que su madre había muerto.

Amanda los guió por la casa hasta la cocina. Desde la puerta de entrada se extendía un espacio abierto totalmente y así había sido desde que los tabiques habían sido derruidos en una reforma alrededor de 1970.

Lily observó con curiosidad cada rincón. Los libros de su madre habían desaparecido, al igual que sus gastados muebles que eran como antigüedades. La ajada moqueta que Lily recordaba de su infancia había sido sustituida por baratas baldosas de cerámica. La parte inferior de las paredes carecía de papel pintado y Lily podía ver las grietas que cruelmente se habían abierto en la escayola al colocar los enchufes a un metro del suelo. La chimenea, que había sido tapiada en la reforma de los setenta, estaba de nuevo abierta y manchada de hollín, lo que evidenciaba un uso reciente.

La diminuta cocina había sufrido menos modificaciones que la sala de estar y estaba tan abarrotada como recordaba Lily; aunque ahora lo estaba con los trastos de Amanda, principalmente cantidades ingentes de botes de especias y jarras que apoyaban su pasión por la cocina india. Amanda les ofreció a ambos sendos taburetes altos y les ofreció dos tazas de infusión de manzanilla bien caliente. En una estantería sobre la mesa había una hilera de fotografías de la madre de Lily, los hijos de Amanda y un gran retrato de la misma Lily facilitado por el ejército de los Estados Unidos: una versión más joven de sí misma que lucía embutida en un uniforme impecable. Lily se sintió conmovida al verse allí.

Intentó hacerse a la idea de que todo lo que se refería a su vida había cambiado mientras había estado ausente de ella: que su madre había muerto hacía dos años, que su hermana se había mudado de su viejo apartamento en Hammersmith a la que había sido la casa familiar. Quizá Lily había estado alejada demasiado tiempo. Tuvo que admitir que no sentía nada al respecto.

Y se dio cuenta de que Gary, a quien había llevado a casa obedeciendo a un mero impulso, se sentía incómodo de haber tropezado con una tragedia familiar.

Gary lo sabía todo sobre Lily y su familia a raíz de aquellas interminables conversaciones en Barcelona. La madre de Lily era una especie de novia del Ejército que

se había enamorado y casado con un piloto de las Fuerzas Aéreas estadounidenses destinado en Suffolk. Habían tenido dos hijas antes de que él muriera por fuego amigo mientras trabaja en apoyo logístico en la primera guerra del Golfo. Lily nunca había vivido en los Estados Unidos, pero tenía doble nacionalidad. Tras la muerte de su padre cuando ella tenía catorce años, su madre se había convertido en el pilar de su vida.

—No he querido contártelo por teléfono cuando has llamado para decir que venías —explicó Amanda. Estaba tensa.

—Te lo agradezco —dijo Lily.

Amanda tenía treinta y cinco años y por lo tanto era cinco años más joven que Lily. De hecho, tenía la misma edad que Lily cuando había sido secuestrada. Amanda siempre había sido más alta y delgada que su hermana. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño en la nuca y lucía un vestido negro que parecía muy práctico aunque una talla más pequeño de lo que ella necesitaba. Aunque no había ni rastro de humo en la casa, Lily creyó ver signos del antiguo hábito de su hermana: un vacío del tamaño de un cigarrillo en la forma en la que Amanda colocaba los dedos de la mano derecha.

—Lo que no entiendo es por qué el Gobierno no te ha informado. Ya llevas cinco días fuera de España.

—Creo que están preocupados por si los hechos traumáticos que hemos sufrido nos han causado algún trastorno. —Esto se debía a Piers Michaelmas, que claramente había salido muy trastornado de su cautiverio—. Nos dan las noticias poco a poco. Las seleccionan.

Gary miró alrededor y dijo:

—Parece que usted también ha sufrido hechos traumáticos por aquí.

—Bueno, en primavera tuvimos una inundación. Ha sido todo tan endiabladamente complicado que no os lo creeríais. Ya sabéis, el seguro y eso. Hay que esperar una eternidad a que pase un perito y mientras tanto no puedes tocar nada. Ni siquiera puedes limpiar el barro. Apestaba, Lily, no te lo puedes imaginar: barro de la calle y suciedad de las alcantarillas por todo el suelo. Hubo que tirar las moquetas, claro. No había luz ni agua ni gas, el suelo se combó y el agua siguió filtrándose y apestando semanas después. Fue una pesadilla. Tuvimos mucha suerte de que no nos salieran hongos tóxicos en las paredes como a la vieja señora Lucas. ¿Te acuerdas de ella? Y cuando por fin viene el perito del seguro nos dice que solo pagan si te comprometes a hacer obras para acondicionar la casa para soportar el nuevo clima. Aunque tengo que confesarte que prefiero las baldosas a la moqueta. ¿Tú no? Son mucho más fáciles de mantener limpias. Pero tuvimos mucha suerte, Lily, ¿sabes? Muchas de las casas de alrededor están condenadas.

—Supongo que estos viejos graneros no se construyeron para soportar inundaciones —comentó Gary. ¿Qué ocurrió? ¿El río se desbordó?

—No. Fue una crecida rapidísima...

Un tremendo diluvio siguió a varios días de lluvia continua que había desbordado y atascado los desagües y alcantarillas de la época victoriana. Como no tenía a dónde ir, el agua corrió por la superficie buscando un camino para llegar al río, inundando calles y entrando en casa y escuelas.

—Los niños llegaron a casa justo antes de que el nivel del agua empezara a subir en la calle, tuvimos mucha suerte. Entró por debajo de la puerta. Subimos al piso de arriba y nos acurrucamos allí. Vimos cómo la riada se llevaba un coche calle abajo, ¿puedes creerlo? Después, un barro oscuro que apestaba a alcantarilla empezó a salir por el desagüe del fregadero e incluso por la taza del váter. Aquello asustó mucho a los niños, te lo digo en serio. Doy gracias porque mamá no viviera para verlo.

—Es increíble que os haya sucedido todo eso y yo no tuviera ni idea —dijo Lily.

—Ni sobre lo de tu madre —intervino Gary—. Ahora me alegro de haber hablado por teléfono con mi familia, con mi madre. Estoy deseando verlos en persona.

Amanda les sirvió más tisana.

—¿Cuándo le enviarán a casa?

—Dentro de un par de días. He oído que es complicado que los vuelos comerciales despeguen de los aeropuertos.

—Y tanto. Heathrow tiene las pistas inundadas y la electricidad se va cada dos por tres.

—Estoy seguro de que pronto me conseguirán un asiento en un vuelo militar.

—Pero usted no es militar, ¿no?

—No, pero trabajo para ellos a menudo. Soy un científico especialista en clima.

—Acababa de salir del Instituto Goddard para Estudios Espaciales, una institución de la NASA, cuando el Ejército le captó—. Por eso estaba en España. Es un punto caliente del cambio climático. El interior se está desertizando, convirtiéndose en algo parecido al norte de África, o al menos eso era lo que sucedía antes. Esta lluvia no aparecía en los antiguos modelos y todavía no me he puesto al día con los últimos datos. Iba de camino a comprobar sobre el terreno unas formaciones de dunas de arena cerca de Madrid captadas por Geosat cuando de pronto, *brum*, un coche aparece de la nada y se detiene delante de mí.

—No puedo llegar a imaginar cómo se tuvo que sentir usted.

—Lo primero que pensé fue: ¿Cómo voy a terminar mi trabajo? —dijo Gary.

Lily recordó que ella había sentido algo parecido cuando se la habían llevado. No fue el miedo lo primero que la asaltó, sino la irritación por que la sacaran de su vida, la alejaran de sus deberes... Eso y cierta conmoción tras estrellarse el Chinook, aunque ella, su tripulación y los pasajeros habían conseguido salir todos sanos y salvos. Al principio Lily había estado convencida de que los liberarían en dos semanas, o en tres o cuatro. Poco tiempo después de ese plazo, la realidad de su largo cautiverio consiguió abrirse paso hasta su consciencia y así surgieron otra serie de intensas reacciones. Al echar la vista atrás, Lily se preguntó si habría conseguido mantener la cordura de haber sabido desde el principio que iban a tener que pasar cinco años antes de ser libre de nuevo.

Amanda la observaba en silencio.

—Lo siento —dijo Lily—. Me he quedado absorta en mis pensamientos.

—Tenemos que hablar de algunas cosas, Lil —dijo Amanda inquieta—. Del testamento, por ejemplo.

—¡Ah! —En aquella extraña media hora que llevaba en la casa no se le había ocurrido pensar en eso.

Gary se levantó y dejó la taza sobre la mesa.

—Sabéis, necesitáis un poco de tiempo a solas.

—No hace falta que te vayas.

Gary sonrió. Tenía un rostro redondo que podría haber tendido a la obesidad, una boca que sonreía fácilmente y una frente pecosa debajo de una masa enredada de pelo rojizo que estaba en retirada. Cubrió la mano de Lily con la suya.

—Acabas de recibir noticias muy malas, cariño. Estaré bien. Daré un paseo. Es lo mejor.

Amanda también se puso de pie.

—Es muy amable por su parte, aunque ahora mismo creo que soy la peor anfitriona del mundo. Si quiere dar un paseo, baje hasta Fulham Road en esa dirección. —Amanda se lo indicó con un gesto—. Llegará a la calle High y luego al río, cerca del puente Putney. Allí hay parques y un paseo por la ribera del río.

—Suena bien. Daré de comer a los patos y volveré en... ¿un par de horas?

—Te empararás —dijo Lily.

—No si los *pubs* ya están abiertos, ¿no? *Eh...* ¿Puede prestarme un paraguas? Amanda le acompañó hasta la puerta.

Las hermanas se quedaron sentadas en los altos taburetes de la cocina, compartiendo una caja de pañuelos de papel mientras hablaban de su madre, de la casa, de los hijos de Amanda y de cómo ella no había conseguido que enterraran a su madre cerca de casa. En Londres incluso los cementerios estaban abarrotados.

—Mamá nos ha dejado todo a partes iguales. Cuando murió, la herencia fue inmovilizada durante un año. No teníamos noticias de si estabas viva o muerta. Al final, los abogados acordaron ejecutar el testamento y liberar los bienes de mamá. Nos dieron las llaves de la casa, así que vendimos el apartamento y nos mudamos aquí. Si no lo hubiéramos hecho no habríamos podido hacer frente a los gastos de la finca, la reparación de los daños provocados por la inundación y no sé cuántas cosas más. El bastardo de Jerry todavía me pasa la pensión de los niños, pero me paga lo menos posible y no alcanza para nada... —Lily notó que su hermana se estaba poniendo muy nerviosa de lo culpable que se sentía—. Lo siento, Lil. Creía que habías muerto. Tenía que arreglar las cosas.

Lily apoyó una mano sobre el brazo de su hermana.

—No lo sientas. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Puedes mudarte aquí y vivir con nosotros. O podemos vender la casa y dividirnos el dinero, lo que tú quieras. Aunque los precios de las casas han bajado mucho en Londres desde la inundación.

—No tenemos que decidir eso hoy mismo.

Para cuando la puerta principal se abrió y los niños irrumpieron en tropel, las dos se habían desahogado tras contarse casi todas sus preocupaciones.

Lily no había visto a sus sobrinos desde un año antes de que la secuestraran, un tiempo que había lamentado durante aquellos cinco años. Ahora los niños estaban allí, crecidos como girasoles, y les habían permitido salir antes del colegio para ir a ver a su tía.

Kristie todavía era suficientemente pequeña como para dar un abrazo a su tía a la que no veía hacía tanto tiempo, tal y como le habían dicho que hiciera. La niña ya tenía once años y sonrió a Lily mostrando los dientes y el aparato de acero que los cubría.

—Te has perdido los Juegos Olímpicos —dijo.

Benj, que tenía trece años y el pelo amarillo fluorescente, era más tímido; y una expresión soñadora asomaba en su rostro, como si el chaval no fuera consciente de las cosas que lo rodeaban. Los dos niños vestían ropas coloridas. Kristie llevaba una mochila rosa intenso a la espalda y un collar de gruesas cuentas de ámbar al cuello. Lily pensó que los dos parecían aves exóticas, fuera de lugar en el mundo gris de los adultos, assolado por inundaciones y lluvia.

—Habéis salido pronto del colegio —dijo. Y era cierto, ni siquiera eran las tres todavía.

Kristie se encogió de hombros.

—El patio estaba lleno de agua.

Amanda arqueó una ceja.

—Es por la lluvia, las inundaciones. En el colegio no les dejan salir al recreo, ni siquiera a jugar. Vuelven a casa llenos de energía. Me agotan, la verdad.

—Y los Juegos Olímpicos —dijo Kristie—. ¡Los Juegos Olímpicos han sido en Londres y tú estabas atrapada en España! ¿Pudiste verlos?

—Bueno, no —admitió Lily. Aunque los prisioneros habían tenido tiempo para pensar en los Juegos Olímpicos. Llevaban la cuenta del tiempo gracias a fechas importantes como aquella, acontecimientos que recordaban del mundo exterior: «Más o menos ahora debe estar sucediendo esto en tal o cual sitio»—. No teníamos televisor. ¿Estuvo bien?

—Yo fui todos los días de la última semana —dijo Kristie orgullosa.

—Eso ha tenido que ser muy caro.

—En realidad no —respondió Amanda—. Los Juegos no fueron muy bien: el clima, los escándalos de dopaje, los terroristas... Al final regalaban las entradas a los niños y a los pensionistas para llenar los estadios. Después de todo, estos niños van a estar pagando esos Juegos el resto de sus vidas.

—¿Así que tú también fuiste, Benj? —preguntó Lily.

Benj se encogió de hombros.

—Un par de días. No fue gran cosa. Y pasó hace años.

Amanda le lanzó una mirada de reproche.

—¿Estás enganchado al ángel? ¿Cuántas veces te he dicho que no lo utilices cuando tenemos invitados?

—Mamá...

—He oído hablar de esas cosas —dijo Lily—. ¿Por qué no me enseñas lo que es, Benj?

El niño rebuscó en un bolsillo de su chaqueta y sacó un aparato tan delgado como un cigarrillo. Pesaba bastante, no tenía cables y estaba caliente por el calor corporal de Benj. El niño lo puso en marcha sin pararse a pensar y Lily no pudo seguir todos los pasos, pero de pronto una alegre canción pop empezó a sonar dentro de su cabeza: «Te quiero más que a mi móvil / Eres mi ángel, eres mi televisor / Te quiero más que a mi móvil / Te guardo en mi bolsillo y me cantas...». El ángel transmitía la música directamente al centro sensorial de Lily y estimulaba remotamente su oído sin necesidad de cables o auriculares.

—Dios.

—Eso que suena es *Móvil* —explicó Benj—. El gran éxito de este año.

—Nunca lo había oído. Bueno, es normal que no lo haya hecho.

—Y claro, todo el mundo tiene que tener un aparato de esos, ¿sabes? —dijo Amanda—. Es una moda. Si no lo llevas, cualquier crío de la calle te insulta porque cree que deberías llevar la cabeza llena de guitarras y baterías.

Benj asintió sabiamente.

—Por eso no está permitido llevarlos encima en el colegio.

—Y están preparando una versión con vídeo. ¡Imagínate!

—Es increíble descubrir todas las cosas nuevas que hay desde que me fui.

—Nada de utilidad —comentó Amanda—. En realidad son meras distracciones. Lo que necesitamos de verdad son grandes obras de ingeniería para mantener a raya las inundaciones. La barrera de contención del Támesis no es suficiente. Pero claro, hoy en día eso no se lleva.

—En el cole estudiamos las inundaciones —dijo Kristie. Dejó caer su mochila de plástico sobre la mesa y empezó a rebuscar dentro—. En ciencias ecológicas. Los Fens están por debajo del nivel del mar. Cuando se inundan, el agua se estanca. Antes solían drenarla o sacarla con bombas, pero ahora es más complicado porque el nivel del mar ha subido un metro.

—¿Un metro? ¿De verdad?

Kristie la miró ligeramente ofendida porque Lily no la creyera.

—Lo hemos aprendido en el cole —repitió—. Nos dijeron que teníamos que ir apuntando en un cuaderno todos los cambios que viéramos.

—¿Qué tipo de cambios?

—Cosas raras que pasan en las inundaciones. Mira. —Sacó su ordenador portátil de la mochila, lo dejó sobre la mesa y trasteó con los botones. Lily se acercó para verlo de cerca.

El primer vídeo trataba de un anciano que afirmaba que en sesenta años no se había perdido ni un solo partido de fútbol de su equipo, el Crystal Palace: «De joven y de viejo, con lluvia y con sol, yo apoyo al Palace». Tenía el acento suave y anticuado del sur de Londres. «Con lluvia y con sol, desde que tenía diez años, pero esta semana habría tenido que ir nadando al campo en Peterborough. Nunca me había perdido un partido, pero ahora...» Como contraste, Kristie había montado un pequeño vídeo sobre la noticia de que la final de liga se iba a jugar en Bombay: el fútbol estaba a un mundo de distancia; y si eras seguidor de un equipo local, ya ni siquiera podías llegar a él.

Otro vídeo trataba de América. Una mujer negra describía como había tenido que abandonar su hogar en la bahía de San Luis, al este de Nueva Orleans. El cuerpo de ingenieros del ejército había desarrollado un gigantesco proyecto de recolocación en la costa del golfo, abandonado las franjas costeras para convertirlas en tierras baldías que formaban barreras naturales para protegerse de las tormentas tras el Katrina. El Gobierno federal había comprado su casa a aquella mujer, que luego había sido trasladada. Pero también se había visto obligada a abandonar su nuevo hogar tierra adentro ante la súbita llegada de una nueva y aún más dramática inundación. «Nunca quise venir aquí. La bahía era mi hogar, el hogar de mi mamá. Pero el Gobierno me dijo, "Mujer, tienes que largarte", así que cogí a los niños y al perro, y me marché. Y ahora, mire, el maldito océano está ante mi puerta de nuevo, y lo que yo quiero saber ahora es qué sentido tiene mudarse de acá para allá si el mar te va a seguir a todas partes...»

Un pequeño fragmento de un informativo infantil destacaba los efectos que las inundaciones tenían sobre la fauna del jardín particular. Había imágenes impactantes de residuos de río enganchados en las ramas de los árboles; de cómo la lluvia se llevaba por delante los huevos que los insectos habían depositado en las hojas de las plantas, así que los pájaros no tenían qué comer en su época de apareamiento. En el jardín de Kristie, y en toda Inglaterra, la población de herrerillos comunes se había reducido drásticamente.

—Estos vídeos son buenos —dijo Lily a Kristie—. Me refiero a que los has elegido muy bien, tienes buen ojo. Quizá de mayor deberías ser periodista.

—Quiero ser escritora —replicó Kristie—. Historias en vez de noticias.

—Las inundaciones destruyen las tierras de cultivo —masculló Benj, molesto por no recibir la atención adecuada—. Hemos estudiado eso también, lo que ocurre en Yorkshire. La tierra se cubre de agua salada y las vacas no se comen la hierba, las hojas de los árboles se marchitan, los espinos se ennegrecen y esas cosas. Ha provocado la crisis de la industria de los seguros agrarios.

—No nos importa la crisis de la industria de los seguros agrarios —replicó Amanda—. Id a lavaros antes de comer nada.

Sonó un timbre estridente. Lily sacó el móvil que le había facilitado la embajada. Era un aparato plano y delgado como una piedra de río, suave al tacto. Se llevó el aparato a la oreja. Era Helen Gray, que sonaba enfadada y muy angustiada.

Lily no tenía ni idea de cómo utilizar aquel móvil de tecnología punta para contactar con Gary Boyle. De hecho, ni siquiera conocía su número de teléfono. Así que salió de la casa para ir en su busca enfundada en un pesado abrigo impermeable que había tomado prestado de Amanda.

Esquivando las salpicaduras de los coches, Lily llegó hasta la carretera de Fulham, una calle que recordaba muy bien de su infancia, aunque había sufrido muchos cambios, algunos de ellos muy recientes. Las grandes villas antiguas habían sido transformadas en apartamentos o habían sido derruidas para construir tiendas, restaurantes, gasolineras y agencias inmobiliarias. Se podían ver los estragos causados por la inundación por todas partes: la marca de la altura a la que había llegado el agua en los muros exteriores, barro en los jardines delanteros y cierto hedor residual a alcantarilla. De hecho, muchas de las propiedades estaban tapiadas, condenadas a causa de los daños causados por la inundación.

Bajó por la calle Fulham High para salir a la carretera del puente Putney. Una tienda anunciaba entradas con descuento para los espectáculos del West End. Amanda le había contado que era tan difícil viajar en aquellas condiciones que era muy fácil conseguir entradas para la ópera, los espectáculos e incluso para los partidos de fútbol. Los restaurantes siempre tenían mesas libres, pero los menús estaban muy limitados porque la distribución internacional de alimentos era cada vez más complicada.

Antes de llegar al río, tomó una callejuela para llegar al parque Bishop, un frondoso jardín desde el cual la esbelta torre del palacio Fulham se asomaba hacia el cielo. La lluvia, menos intensa, siseaba al atravesar las hojas de verano de aquellos ancianos árboles. El césped estaba inundado y los patos y demás aves acuáticas nadaban complacidas en enormes estanques en los que asomaban la hierba y los árboles.

Encontró a Gary sentado en un banco en el sendero de la ribera del río, delante de una barandilla verde de la que colgaba un salvavidas anaranjado. Gary tarareaba algo en voz muy baja y no dejaba de mover el pie. Estaba claro que había descubierto los ángeles. Cuando habían estado encerrados en los sótanos, Gary siempre había dicho que echaba mucho de menos la música. Lily supuso que ahora se estaba poniendo al día.

El Támesis bajaba crecido y las aguas eran rápidas. A Lily le pareció que era una furiosa bestia gris que pasaba con todas sus fuerzas bajo los arcos de arenisca del puente Putney. En la orilla opuesta, los embarcaderos y varaderos relucían bajo la lluvia: nadie remaría en un día como aquel.

—Desde que me he sentado aquí han pasado siete personas corriendo y cuatro paseando a sus perros —informó Gary.

—En algún lugar de este parque —dijo Lily—, hay una placa en recuerdo de las Brigadas Internacionales, las que lucharon en el bando republicano en la guerra civil española.

—El mundo es un pañuelo —dijo él—. Tu hermana es muy amable. Me ha hecho sentir bienvenido.

—Bueno, de alguna manera es su trabajo. Trabaja como coordinadora de eventos. Se tomó unos días libres cuando se enteró de que me habían liberado. Dice que mañana irá a buscar a los niños al colegio y que los llevará al Dome en Greenwich, como premio de fin de curso...

—Me da la impresión de que el río está muy crecido.

—Y a mí.

—A pesar de que estemos tan lejos de la costa, ¿aún le afectan las mareas?

—Creo que sí.

—Mira esto. —Sacó su pantalla portátil, un regalo de AxysCorp, en la que había estado viendo las noticias y grabando algunos vídeos. La resguardó de la lluvia con una mano.

No era solo Londres. Casi todo el país estaba al borde de sufrir una inundación crónica, un acontecimiento que se había convertido en algo normal aquellos días. Los grandes ríos del Reino Unido habían crecido, todos se habían desbordado en algún punto y se habían tenido que levantar campamentos de refugiados, parques de caravanas y tiendas de campaña en tierras más altas cerca del río Trent, el Clyde y el Severn incluso a tanta distancia como Shrewsbury. Liverpool lo estaba pasando especialmente mal aquel verano. Lily quedó impresionada por las imágenes de East Anglia recogidas por satélite. El mar había sobrepasado sus antiguos límites naturales en los Fens y había avanzado hacia Wisbech y Spalding dando lugar a nuevos lagos que, en la pantalla, se veían de color azul oscuro.

Las imágenes no parecían reales. Lily se sorprendió de que el único tema de conversación de todo el mundo no fuera lo que para ella suponía un inmenso proceso de transformación. Pero se imaginó que a lo largo de los años la gente había acabado por acostumbrarse. Ella acababa de aterrizar en aquel futuro incierto.

—Algunos de estos incidentes tienen que ver con ríos: llueve de forma excepcional y los ríos crecen, claro. Sin embargo, las inundaciones de la costa vienen del mar... Supongo que habrás recibido una llamada de Helen.

—Sí. No sabía que ese bastardo de Said era el hijo de un príncipe saudí. Deberíamos sentirnos privilegiados de que fuera él el que nos torturara.

—Sí, claro —respondió él amargamente.

La mayoría de sus guardianes habían sido españoles, pero cuando habían estado en manos de las facciones islamistas, sus captores habían llegado de más lejos. Algunos

radicales musulmanes soñaban con recuperar Waqf, el territorio conquistado en la primera expansión islámica en el siglo VIII, para quitársela a España y devolvérsela a Irak. Y así, sus combatientes llegaban a España desde todos los rincones del mundo islámico.

En realidad, a los prisioneros no les había importado nada la procedencia de sus captores. Todo lo que importaba de ellos era cómo les trataban. Tanto los cristianos como los musulmanes eran hombres muy jóvenes radicalizados por las iracundas palabras de los predicadores, y casi todos carecían de la educación más básica y estaban obsesionados con el sexo. Algunos eran más o menos estables, normales en apariencia, capaces de ser amistosos con los prisioneros y algunos incluso buscaban afecto en ellos.

Pero otros guardias los torturaban, a pesar de que se suponía que eran rehenes valiosos. Los castigaban dándoles palizas y azotándolos con cinturones. Normalmente solía haber una razón que provocaba las palizas, como cuando Lily había decidido someterse a una huelga de hambre. Pero algunos habían ido tan lejos que sus acciones eran imposibles de justificar. Esos eran los jóvenes confundidos que descargan sobre los prisioneros sus propias frustraciones y confusiones, y no les importaba quién eras o qué habías hecho. La peor experiencia de Lily había sido una paliza *amateur*: la habían inmovilizado, sujetándole los brazos a la espalda y atándoselos a sus propios tobillos, y después le habían golpeado las plantas de los pies con una barra de hierro; una experiencia increíblemente dolorosa. En aquella ocasión el artífice no había sido Said, sino un hombre muy parecido a él.

Lily había llegado a la conclusión de que el motivo de dichas palizas era siempre sexual, aunque el ataque en sí no tuviera ese carácter: podías sentir la excitación del hombre que se cernía sobre ti, oler su aliento que caía sobre tu nuca y oír el profundo jadeo en sus pulmones.

En cuanto al sexo en sí mismo, ella había sido atacada y manoseada por jovencitos imberbes, pero al parecer había algo en la actitud de Lily que los avergonzaba en vez de excitarlos. Helen Gray, que era quince años más joven que ella, no había tenido tanta suerte. Después de ser violada dos o tres veces por Said, los guardias habían tenido que poner fin a los asaltos. Lily no estaba segura de cuántas veces había sucedido, porque en cada una de las ocasiones Helen había sido separada de ellos y a su regreso se había negado a hablar sobre lo ocurrido. Sin embargo, la sangre y los moretones hablaban por ella.

Pasada una temporada, Said se marchó, quizá destinado a otro frente en el gran campo de batalla.

Pero antes de irse dejó embarazada a Helen. Su embarazo en cautividad, ayudada por sus compañeros y sus escasos conocimientos sobre primeros auxilios o medicina, y su posterior parto a manos de un asustado estudiante de medicina reclutado a la fuerza, había sido terrible. Pero al final, Helen dio a luz a un bebé, Grace, a quien ella quiso de inmediato y a la que cuidó con todo su cariño durante cada día de su cautiverio.

—Y Helen nunca supo que había dado a luz a un bebé de sangre real saudí —dijo Gary—. ¡Una princesa!

Helen estaba convencida de que esa era la razón por la que no le habían devuelto a su niña desde que los habían rescatado de la Seu hacía cinco días. Probablemente el bebé estaba en el centro de un complicado conflicto internacional.

—¿Crees que por eso nos ha llamado Helen? ¿Crees que por eso ha insistido tanto para que vayamos a la fiesta de AxysCorp?

—Supongo. Si Lammockson ha podido sacarnos de Barcelona, quizá pueda traer al bebé de vuelta desde Riad o desde donde demonios esté. Así que quizá será mejor que vayamos.

—Claro —respondió Gary—. Dijimos que permaneceríamos juntos, ¿no? Nosotros cuatro. Pero Lily, tu madre...

—No hay nada que pueda hacer por mi madre —replicó Lily con firmeza—. Pero sí puedo ayudar a Helen y su hija. Mientras tanto, iremos a cenar a casa de mi hermana. Te encantarán los niños. Vamos.

Se marcharon del parque, chapoteando por los senderos y las aceras empapadas.

En la glorieta donde la calle High se encontraba con la carretera de Fulham, un desagüe se había atascado y se había formado un pequeño lago. Los coches lo atravesaban provocando grandes olas, así que Gary y Lily tuvieron que desviarse. Para cuando llegaron a la carretera de Fulham, los dos tenían los pies empapados. Al parecer, eso era lo que significaba la vida actual en Londres: lluvia, pies mojados y carreteras intransitables.

A aquella hora, los niños salían de los colegios y las calles se llenaron de autobuses amarillos, al estilo americano; otra novedad implantada mientras Lily había estado fuera. En la carretera de Fulham tropezaron con una creciente multitud de padres y niños ruidosos, que se reían y corrían por las aceras esquivando barreras y sacos de arena. Lily se preguntó cuántas naciones del mundo estarían representadas en aquellos rostros arco iris que irradiaban felicidad y que corrían a su alrededor. Fulham era un pueblo muy antiguo que hacía mucho tiempo se había visto devorado por la creciente Londres. Era el típico sitio en el que la gente pasaba de largo y no se detenía nunca y, sin embargo, sus habitantes seguían viviendo exactamente igual que en los tiempos de la infancia de Lily: todavía trabajaban, iban de compras y llevaban a los niños al colegio; todavía nacían, se hacían viejos y morían en aquel lugar.

Y entonces la lluvia casi paró, un rayo de sol atravesó la densa cubierta de nubes y se vio reflejado en las aguas que inundaban las calles y las alcantarillas, los céspedes y los patios de recreo. Extrañamente, en aquel día en el que Lily había recibido la noticia de la muerte de su madre, se sintió optimista. Era libre y allí estaba el sol intentando abrirse paso y brillar. Obedeciendo a un impulso, tomó la mano de Gary en la suya y él se la estrechó como respuesta.